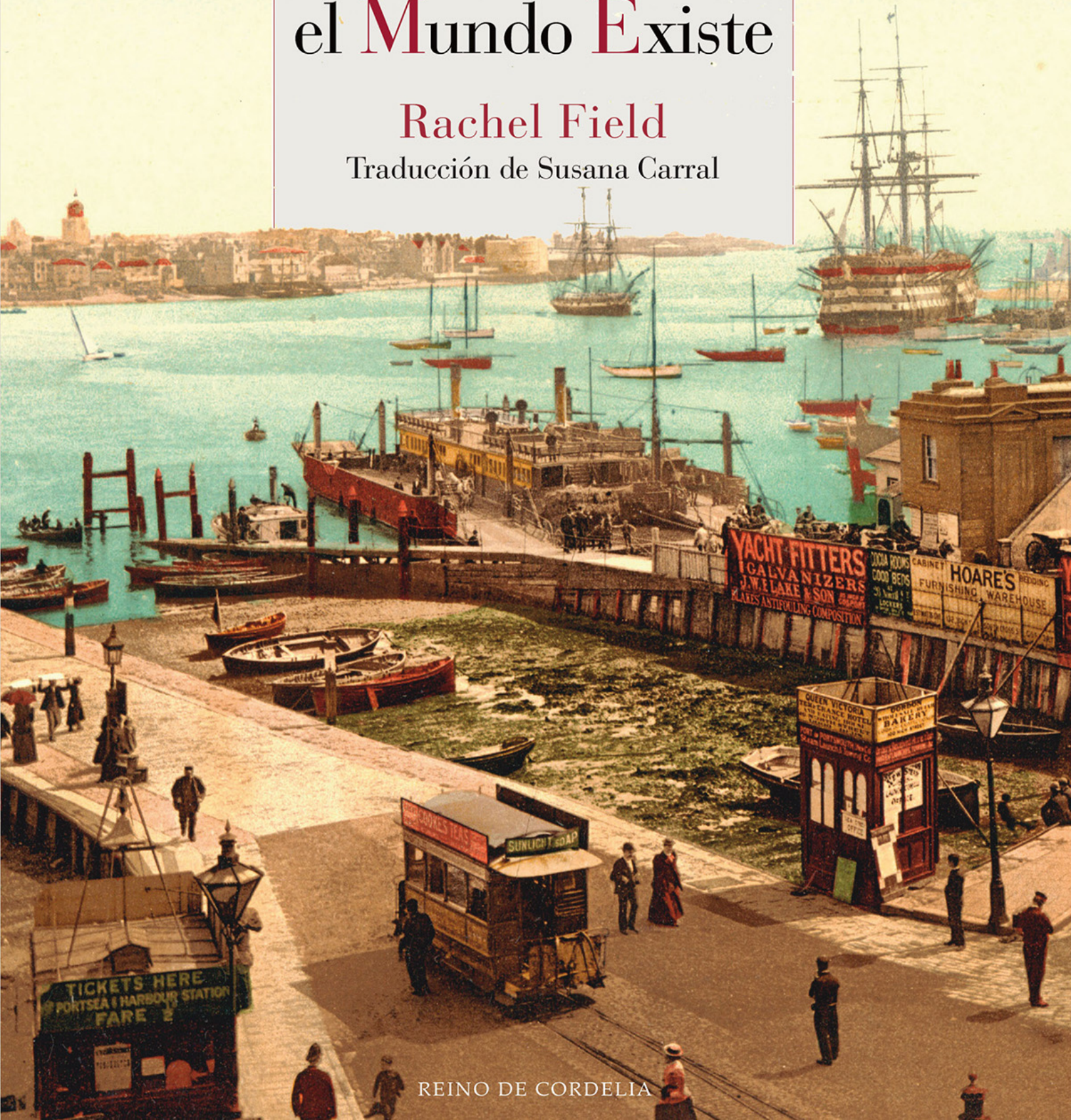


# Desde que el Mundo Existe

Rachel Field

Traducción de Susana Carral



59

Desde que  
el Mundo Existe



Primera edición en REINO DE CORDELIA, octubre de 2015

Título original: *Time Out Of Mind*, 1935

[Edición basada en la publicada por The MacMillan Company, Nueva York, en 1938]

Edita: Reino de Cordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)

Traducción: © Susana Carral Martínez, 2015

IBIC: FA

ISBN: 978-84-15973-65-2

eISBN: 978-84-18141-55-3

Depósito legal: M-33664-2015

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

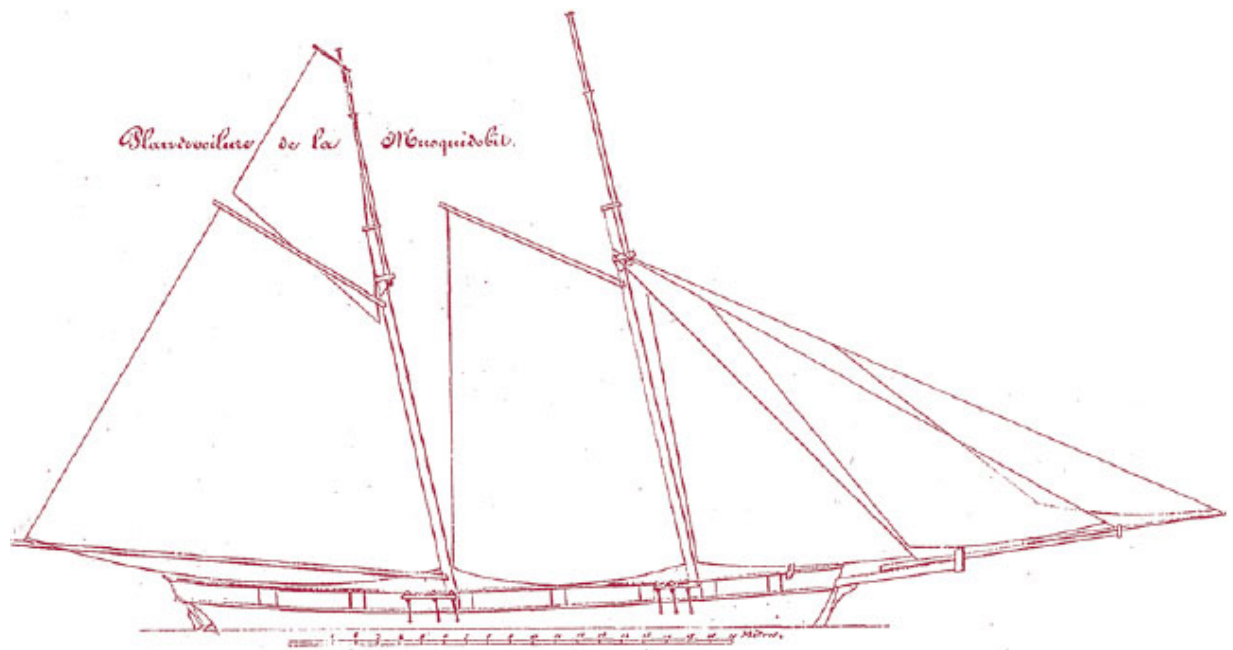
# Desde que el Mundo Existe

Rachel Field

*Traducción de Susana Carral*



# Índice



*Prólogo*

**PARTE I**

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

## Capítulo VIII

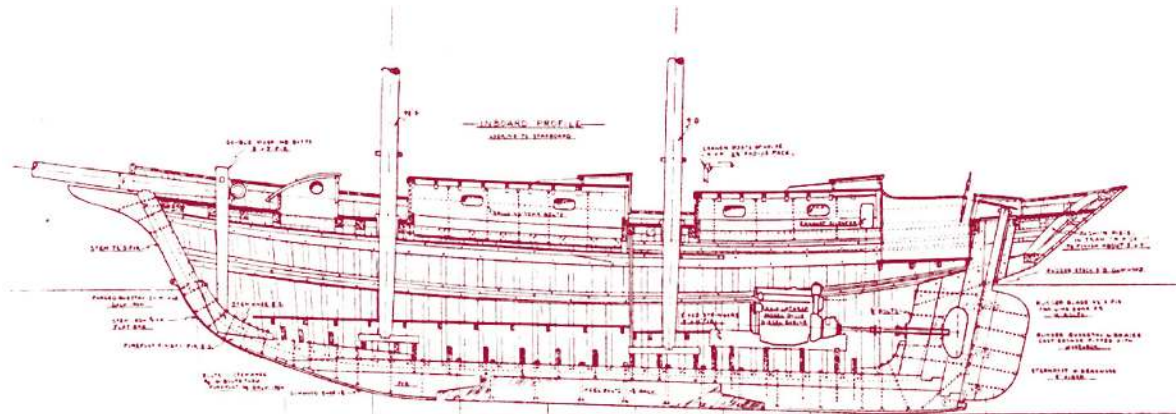
### PARTE II

## Capítulo IX

## Capítulo X

## Capítulo XI

## Capítulo XII



## Capítulo XIII

## Capítulo XIV

## Capítulo XV

## Capítulo XVI

## Capítulo XVII

### PARTE III

## Capítulo XVIII

## Capítulo XIX

## Capítulo XX

## Capítulo XXI

## Capítulo XXII

## Capítulo XXIII





Phyllis  
**CALVERT** • **HUTTON** • **Ella**  
**RAINES**



# ALMAS BARRASCOSAS

DIRECTOR:  
*Robert Siodmak*



Basado en una famosa novela de *Rachel Field*, autora de "El Cielo y Tú"

18 VÍAGOS S.L. BARCELONA

## *Prólogo*

**T**RADUCIDA HASTA AHORA como *Almas borrascosas*, imitando el título de la adaptación cinematográfica dirigida en 1947 por Robert Siodmak, *Time Out Of Mind* (1935) convirtió a Rachel Field en la primera persona que ganó el National Book Award, el galardón literario más importante de Estados Unidos que, años después, obtendrían autores como William Faulkner, Saul Bellow, John Cheever, Thornton Wilder, Thomas Pynchon, Isaac Bashevis Singer, Don DeLillo, E. L. Doctorow, Cormac McCarthy, Philip Roth, Susan Sontag, Jonathan Franzen...



El cine se centró en las relaciones del pusilánime y musical heredero de los Fortune, Nathaniel (Nat), con la narradora del libro, Kate Jordan, hija del ama de llaves de la familia, y dejó de lado la apasionante aventura del ocaso de una saga naviera de la costa de Maine, en Nueva Inglaterra. Esa decadencia, motivada por la incapacidad

del comandante Fortune de ver el empuje del vapor, auténtica bestia negra de las goletas y navíos industriales de vela, y el impacto que ese error tuvo en la sociedad y la industria de la zona, ofrecen una autenticidad encomiable que resulta apasionante.

Los astilleros próximos al faro de Whale Back, en Little Prospect, irán dando paso en el relato a zonas residenciales; el turismo, como una pesadilla, asola los bosques de árboles centenarios, modifica los hábitos de conducta, plaga de pequeñas residencias un territorio que había sido agreste y solitario y llega a arrojar todas las sombras del progreso sobre *La Extravagancia*, la majestuosa aunque sobria mansión de los Fortune. De los efectos del turismo España también sabe bastante y el lector no tendrá que hacer grandes esfuerzos para reconocer el escenario de esta historia de amor que solo muy lejanamente recuerda las pasiones románticas de *Cumbres borrascosas*, novela de Emily Brontë a la que parece remitir el título *Almas borrascosas*. A diferencia del gran clásico de la literatura inglesa, *Desde que el tiempo existe* es una novela moderna, contemporánea.

Rachel Field ya había triunfado en España con *El cielo y tú* (*All This and Heaven Too*, 1938), llevada al cine en 1940 por Anatole Litvak y protagonizada por Bette Davis y Charles Boyer, lo que confirma la estrecha relación que mantuvo esta autora con la gran pantalla; incluso se trasladó a vivir a Hollywood, donde murió en 1942, y de ella es el texto de la versión del *Ave María* de Franz Schubert que se escucha en el filme de Walt Disney *Fantasía*.

Porque su otra gran pasión fue la literatura infantil. Su libro *Hitty, Her First Hundred Years* (1929) ganó el Premio Newbery, el más prestigioso de su género en USA, y su obra póstuma *Prayer for a Child* (1944), ilustrada por

Elizabeth Orton Jones, obtuvo la medalla Caldecott, que distingue al mejor volumen ilustrado publicado cada año en Estados Unidos.

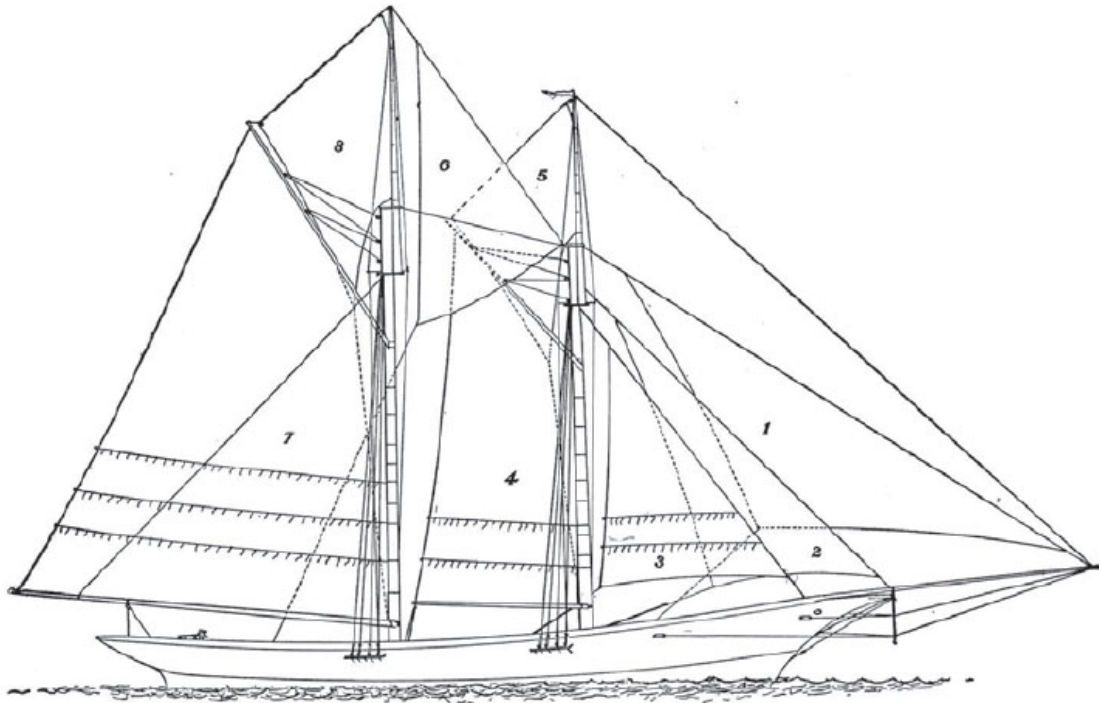
S. C. & J. E.

Para A. S. P.

Los cielos son cielos para Yavé.  
La tierra se la dio a los hijos de los hombres.

*Salmos 115:16*

# Parte I



SCHOONER'S SAILS.

(An inner and an outer jib are sometimes fitted instead of one jib.)

1 Flying jib; 2 Jib; 3 Fore-topsail; 4 Fore-sail; 5 Fore Gaff-topsail; 6 Main-topmast Staysail; 7 Mainsail; 8 Main Gaff-topsail.



# Capítulo I

**N**UNCA ME HAN MOLESTADO los recuerdos ajenos. Desde niña siempre me gustó escuchar cuando alguien hablaba del pasado. Mi madre decía que le resultaba extraño en alguien tan joven. Pero creo que incluso entonces ya adivinaba lo que ahora tengo muy claro, aunque mi habilidad con las palabras no me permita expresarlo bien: que no hay nada que resulte tan agradable como la alegría recordada ni tan amargo como la desesperación que ya no puede hacernos daño. Para mí el pasado es semejante a una de esas caracolas que en la costa de Maine solían adornar las repisas de las chimeneas de los hogares marineros.

En el salón de *La Extravagancia* de los Fortune había dos de esas caracolas. Rissa, Nat y yo nunca nos cansábamos de escuchar el desgastado estruendo del mar que aún batía en aquel vacío acanalado y rosa. Eso es para mí el pasado: una caracola vacía, procedente del grandioso mar de los tiempos, que cada uno de nosotros puede acercarse al oído para ahogar el clamor más ruidoso del presente. Tal vez resulte una idea demasiado infantil y descabellada para las gentes de ahora. Quizás lo digo porque llevo demasiado

tiempo a solas con mis recuerdos, esos compañeros agradables y amargos a la vez.

De no haber sido por la familia Fortune, seguramente mi historia sería otra y no la pondría por escrito, sino que se la contaría a mis hijos o puede que a mis nietos junto a mi propia lumbre. Porque todos en algún momento repasamos nuestras vidas, todos decimos: «Si mi madre no hubiese llamado a esa puerta... Si mi padre hubiera seguido el camino de la derecha, en lugar del de la izquierda... Si el vendedor ambulante hubiese llegado una hora más tarde... Si no hubiese llevado el vestido de muselina rameada con la banda a juego al Festival de la Fresa, ¿qué otra clase de criatura podría haber sido?». No creo que exista nadie tan estúpido o tan inteligente como para no haber dedicado ni un solo minuto a tan inútil pasatiempo. Desde hace unos años me dedico a él cada vez más y suelo repasar los hechos, muy banales, que me trajeron aquí, a Little Prospect, y me unieron desde niña a los Fortune y a sus comportamientos complicados y altivos.

Sé lo que dicen de ellos en el pueblo... y de mí. Pero con el paso del tiempo dirán cada vez menos, a medida que nuevos rostros desplacen a los de antes, como las casas de los veraneantes desplazan a las granjas y los caseríos de Little Prospect. Por ese motivo, y porque solo quedo yo de los tres que crecimos juntos en lo alto de la colina, en *La Extravagancia* de los Fortune, debo poner por escrito la verdadera evolución de nuestras vidas en las páginas en blanco de los libros mayores y de registro del comandante Fortune, que no están completos. Es posible que se hubiese enfadado de saber el uso que se les iba a dar tantos años después de haber anotado los nombres de sus hijos con la pluma y el corazón repletos de esperanza. Pero ya está por encima de todo eso y las páginas que dejó sin llenar constituyen un legado tan oportuno como cualquier otro.

No sé quién leerá mis palabras en estos tiempos que corren, tan ajetreídos. Desde luego no los niños de Little Prospect, que habrán escuchado los cotilleos de sus madres y sus tías sobre Kate Fernald y su forma de venir a menos. Ni siquiera Sadie Berry —que me acogió y me consiguió trabajo en la oficina de Correos— imagina lo que hago aquí a solas, noche tras noche, en mi habitación del piso de arriba. Casi nunca sube las empinadas escaleras y por eso no ha visto la mesa junto a la ventana que da al Noroeste, para aprovechar hasta el último rayo de luz que se demora sobre el estrecho de Nobble Head y poder seguir escribiendo. No sabe que cuando cierro la puerta mi mente retrocede veinte, treinta y hasta cuarenta años de una sola vez y vuelvo a ser joven. Así regresamos a los horizontes que dejamos atrás hace tiempo. Así renacemos, vivimos y nos apoyamos en nosotros mismos, como los brotes de parra virgen descienden por su propio tallo cuando no hay nada más alto a lo que agarrarse.

El reloj de bronce y mármol —que parece un miembro de la realeza visitando a un pariente pobre— dará enseguida la hora desde mi cómoda de pino. Entonces se abrirá una puerta oculta en medio de la esfera dorada y saldrán las figuritas esmaltadas de dos leñadores que comparten un troncón y harán como si serrasen un tronco invisible.

«Papá dice que así matan el tiempo», me contó Nat una vez mientras los mirábamos en el salón que daba al Este. No podía empezar a escribir sin mencionar el reloj porque siempre marcará el principio de todo para mí, aunque viví diez años antes de ver por primera vez sus exactas figuritas y de oír sus tenues campanadas, que parecían proceder de lo más hondo de un pozo profundo.

Antes viví tierra adentro, en una zona resguardada y montañosa en la que aún seguiría si mi padre no hubiera olvidado su chaqueta el día que llevó su último cargamento

de manzanas al lagar situado a nueve millas de nuestra granja. Se la dejó en el último momento y por casualidad. Cuando mi madre la vio sobre el amarradero de los caballos, él ya estaba demasiado lejos para que yo lo alcanzara corriendo y a mediodía empezó a llover a cántaros. Casi era de noche cuando mi padre regresó a casa, calado hasta los huesos. Ninguno de los remedios a los que recurrió mi madre consiguieron hacerle entrar en calor, ni las friegas de mostaza, ni las piedras calientes, ni el ponche humeante. Vino el médico y también los vecinos, pero no hubo forma de ayudarlo. En una semana estaba en la tumba y mi madre y yo solas en la granja, con el invierno a las puertas y más ganado y trabajo del que una mujer y una niña de diez años podían sacar adelante.

Aquel año, y el anterior, la cosecha había sido pobre y los gastos del entierro se tragarón los pocos ahorros que quedaban. Los vecinos se hicieron cargo del caballo, las vacas y los cerdos, pero lo que nos dieron a cambio no era suficiente para pasar el invierno, de manera que cuando el primo que mamá tenía en Little Prospect escribió diciendo que le había conseguido un empleo como ama de llaves en la mansión de los Fortune, que ellos llamaban *La Extravagancia*, nos pareció casi un milagro. Todos nuestros vecinos estuvieron de acuerdo y se volcaron en ayudarnos a partir. A pesar de su tristeza, mi madre se alegraba de tener una oportunidad como aquella. Nunca le había gustado la solitaria granja a la que mi padre daba tanta importancia y, aunque derramó algunas lágrimas cuando llegó el momento de vender los muebles a quien quisiera quedárselos, recuperó el ánimo al verse en el tren conmigo, rodeadas de maletas y con dos viejos baúles en el furgón de equipajes.

Ser el ama de llaves de una mansión como la del comandante Fortune no suponía venir a menos. Él nos

había enviado el dinero para un tren que nos dejaría a diez millas de nuestra meta y el primo Sam decía en su carta que no era un hombre entrometido y que no parecía probable que volviera a casarse, de manera que mi madre podría hacer las cosas a su antojo en *La Extravagancia*. Mamá pensó que allí yo tendría más oportunidades, porque había una escuela cerca a la que podía asistir y además estaban los dos hermanos Fortune, un niño y una niña que eran de mi edad. Cabía pensar que aprendería buenos modales de ellos, desde luego mejores que en la granja, entre animales y ninguna comodidad.

Recuerdo que me habló de todo eso durante la mayor parte del viaje mientras yo veía pasar por la ventanilla del tren campos marrones, lagunas heladas y bosques de noviembre. No estaba muy segura de querer tener comodidades y me daba pavor conocer a aquellos dos Fortune. No me sentía a gusto con otros niños, era tímida y vergonzosa porque mis únicos compañeros de juegos habían sido las gallinas, los cerdos y los terneros que llegaban con la primavera y se marchaban en la carreta del carnicero más o menos cuando yo empezaba a considerarlos mis mascotas de ojos tiernos. Aquel tren carreta avanzaba despacio y traqueteando porque en aquellos tiempos los trenes rápidos aún no cruzaban el campo, y el viaje resultaba largo y con paradas en toda clase de apeaderos de mala muerte. Yo permanecía pegada al cristal helado de la ventanilla mientras mi madre dormitaba o se despertaba para volver a decirme que no debía ser tímida ni aislarme, ahora que iba a tener dos compañeros de juegos. Según ella, *La Extravagancia* de los Fortune era la mansión más grande y elegante al este de Portland y uno de los lugares más famosos de la costa. De pequeña solía ir a Little Prospect y no había olvidado su

cúpula y sus columnas blancas, que asomaban por encima de los bosques de píceas, sobre un risco elevado.

Me contó que de ellos se decía: «Los Fortune siempre suben, como la levadura». Hace ya muchos años que no oigo ese dicho y pronto no quedará nadie que lo recuerde. Otro dicho que me contó aquel día fue: «No hay puerto en el mundo en el que los pinos de los Fortune no den sombra». Al principio no lo entendí, hasta que me explicó que se refería a los mástiles de los navíos construidos por los Fortune, conocidos y valorados en todo el mundo. Pero también dijo que los tiempos cambiaban y que cada año había más barcos de vapor. Añadió que el vapor estaba muy bien para usarlo en tierra pero que nunca desplazaría a la vela, por mucho que dijera la gente. Y es que por lógica resultaba más barato servirse del viento a cambio de nada, en lugar de pagar un carbón que además lo ensuciaba todo. En aquel momento no presté demasiada atención a lo que me decía, aunque resulta curioso que recuerde sus palabras tantos años después, mientras me siento junto a la ventana y veo el puerto lleno de buques sin velas, las chimeneas amarillas de los yates y el humo del vapor de Boston en sus travesías de mañana y tarde. Pero aquel día estaba demasiado ocupada fijándome en el nuevo paisaje como para prestarle atención.

Teníamos hambre porque habíamos salido muy temprano y estábamos cansadas debido a la emoción de la despedida y a tanto estrépito y traqueteo. Después de almorzar me quedé dormida y perdí la primera oportunidad que se me presentaba de ver el mar. Ya era media tarde cuando mi madre me despertó. El revisor anunciaba «Rockland» y a nuestro alrededor la gente cogía sus maletas y paquetes. Me sentía agarrotada y tenía frío por haber permanecido tanto tiempo apretada contra la ventanilla y, mientras salíamos con los demás, estaba a punto de llorar. Junto al

andén se amontonaban los carros, los hombres, los caballos y los equipajes y, aunque no veía más allá de la estación de madera, al salir del tren nos recibió un viento cortante que me hizo sentir que el mar rozaba mis mejillas y mis labios.

El primo Sam Jordan había ido a recibirnos en la carreta alta y negra, con ruedas amarillas, de los Fortune. Pero no era él quien conducía los enormes bayos que llevaba enganchados. De pie junto a ellos se encontraba el primer hombre negro que yo había visto en mi vida, sujetándoles las cabezas, que no paraban de moverse, e intentado tranquilizarlos ante el ruido de la locomotora. Acabaría por conocerlo muy bien y llamarle Bo, como hacían Nat y Rissa, pero aquella tarde su piel oscura, sus labios gruesos y su nariz aplastada me dieron miedo. Era una especie de fenómeno en la zona y lo había sido desde que el comandante se lo trajo del Sur, al regresar justo antes del fin de la Guerra de Secesión con su título militar. Se trajo al moreno Bo y a una esposa de Filadelfia, de cuyos aires delicados y del gran número de baúles llenos de ropas elegantes que llegaron con ella aún se seguía hablando en Little Prospect.

El primo Sam y el jefe de estación se vieron obligados a recurrir a toda clase de maniobras para introducir nuestras pertenencias en la carreta. Cuando lo lograron daba la impresión de que no quedaba sitio para nosotros... desde luego no para mí ni para un chico pecoso que me llevaba uno o dos años. Se llamaba Jake Bullard y parecía pertenecer al hogar de los Jordan, ya que era el hermano pequeño de Martha, la mujer del primo Sam. Su descarada forma de mirarme logró que aumentara mi timidez y, mientras esperábamos de pie junto a la carreta, me agarré a la mano de mi madre y no abrí la boca.

—Los niños tendrán que ir detrás, con el equipaje — decidió al fin el primo Sam—. Tranquila, Kate, ¡Jake no se

te comerá!

Se rió, le guiñó un ojo al niño y, antes de que pudiera protestar, me vi subida a la parte de atrás, entre nuestros bultos. Jake se acomodó a mi lado con una sonrisa que incrementó mi miedo. Pero el frío era cada vez más intenso y no nos quedaba otra opción que compartir la manta de piel de bison que nos habían dado. Detrás de nosotros se apilaban tantas cosas que, por mucho que me girara, era incapaz de ver a mamá o al primo Sam. Me sentí asustada y aislada cuando los caballos emprendieron la marcha a gran velocidad y tanto el golpeteo de sus cascos como el chirrido de las ruedas ahogaron incluso el sonido de las voces. El suelo de la carreta estaba cubierto de una paja que se me pegaba a las piernas y mi compañero ocupaba mucho más espacio del que le correspondía. Era un mal comienzo y tenía ganas de llorar.

Por todo eso nunca olvidaré aquel viaje ni la primera vez que vi el mar. Surgió ante mí sin previo aviso porque me había ocultado bajo la piel de bison para evitar la mirada de Jake. Supongo que una sensación de frescor adicional en el aire me llevaría a mirar hacia fuera. Al hacerlo, me vi rodeada por una brisa salobre y húmeda. Fue como zambullirse en el espacio: mis ojos se abrieron más que nunca al encontrarse con aquella extensión inmensa y reluciente. El mar que yo vi era azogue en movimiento, infinito y solitario, a la luz del final de una tarde de otoño. Aunque desde aquel día lo he visto de todas las maneras y colores posibles, siempre me ha parecido más mágico cuando se agita con ese gris neutro que es el que mejor lo caracteriza.

Al poco la carretera se apartó bruscamente de la costa y durante una milla o dos nos rodearon los bosques. Nunca había visto pinos, abetos o píceas tan altos y me maravilló que aquellas hileras de denso verdor fueran capaces de



envolvernos en una penumbra repentina. Pensé en lo que había dicho mi madre sobre que no había puerto en el mundo en el que los pinos de los Fortune no diesen sombra. En aquel momento comprendí lo que significaba aquel dicho, pero lo que no sabía —como sé ahora— era que su sombra ya había caído sobre mí.

Jake se fue relajando durante el viaje. A pesar de nuestra timidez, nos sentábamos uno junto al otro bajo la piel de bison y nos protegíamos del frío más intenso del anochecer con el calor de nuestros cuerpos. Mi desconocimiento de los lugares de interés más comunes, como los barcos fondeados, los embarcaderos y las estacas negras de los corrales para pescar arenques en las calas más resguardadas, lo empujaron a la conversación. Empezó a pavonearse mientras me iba diciendo los nombres de todos ellos y de las poblaciones y los puertos por los que pasábamos. Al disminuir la luz y perder su brillo el mar me vi obligada a forzar la vista para fijar en mi mente las oscuras siluetas de los promontorios y las islas. Presté atención a los nombres que Jake les iba dando, mientras señalaba cada forma sombría y emergente con un índice que se daba aires de superioridad. Las islas Turnip y Heron, las Sisters, los bajíos de Fiddler's Reach y Old Horse... ahora me parece imposible que existiera una época de mi vida en la que me resultaran desconocidos.

El astillero de los Fortune quedaba a mitad de camino y nos detuvimos en él con la intención de dar de beber a los caballos y estirar las piernas. Para entonces ya casi era de noche y la enorme mole de un navío sobre la grada emergía en la orilla como si fuera el gigantesco esqueleto de un monstruo marino varado. Me hizo pensar en el Jonás y la ballena de nuestra Biblia, pero mi timidez me hubiese impedido decírselo a Jake aunque él no hubiera salido corriendo para reunirse con los hombres que se afanaban

en el astillero. Entramos en el edificio de ladrillos que albergaba las oficinas para calentarnos a la lumbre de una salamandra de hierro negro. Yo nunca había visto un sitio tan lleno de libros, mesas y taburetes altos y con tantas imágenes de barcos en las paredes.

Mientras mi madre y yo nos calentábamos las manos, un hombre pequeño y bastante cargado de espaldas, que entonces me pareció viejo pero que no podía tener mucho más de cincuenta años, se acercó a nosotras con una amable frase de bienvenida. Era la primera vez que veía a Henry Willis, la mano derecha del comandante en el astillero. Más adelante comprendería por qué los hombres lo llamaban *el lastre de Fortune*, ya que su responsabilidad y buen criterio eran lo único que mantenía a flote el negocio bajo los proyectos bastante menos prácticos del comandante. Pero aquella tarde yo solo sabía que el caballero tenía un bigote lacio de un castaño ya desvaído y unas gafas de montura de oro que se ajustó mejor mientras nos dedicaba una sonrisa lenta y agradable. Habló con mamá en voz baja y yo solo pude oír la mitad de lo que decía, pero recuerdo que le comentó que se alegraba de tenerla allí y de que me hubiera llevado consigo.

—La necesitarán —dijo, mientras me miraba con sus ojos castaños y miopes—. La niña es demasiado Fortune y el niño no lo es bastante. Y con eso no digo que sean malos chicos, señora Fernald, no. De hecho, me gustaría que hicieran más travesuras.

Volvió a dirigirse a mí y preguntó mi edad.

—Diez años y medio —conseguí responder, nerviosa bajo su mirada.

—Le llevas algo menos de un año a Nat y eres casi el doble de grande que él —dijo—. Rissa tiene once y es lista como pocos. Sí, es una buena embarcación.

Henry Willis me gustó desde aquel mismo momento, aunque no tenía ni idea de lo que había querido decir con su última frase. Por entonces, en toda la costa de Maine y otras comunidades marineras casi no había hombre, mujer o niño que abriese la boca sin soltar alguna frase o palabra relacionada con el mar. Al cabo de unos meses me parecía de lo más natural, pero aquella primera tarde me resultó raro y me asustó un poco, aunque el bastón de caramelo que sacó de un cajón de su mesa me pareció tan dulce como los que había tomado tierra adentro. Tenía hambre de sobra para comérmelo entero pero me pareció que debía compartirlo con Jake, que había vuelto a acomodarse a mi lado en la carreta.

Jake engulló su parte visto y no visto y estuvo menos seco conmigo el resto del viaje. Ya no había más luz que los destellos oscilantes y extraños del farol de la carreta y un brillo tenue que abarcaba una superficie enorme en el lado del camino donde quedaba el mar. Por encima de los chirridos y crujidos de las ruedas y del cloc-cloc de los cuatro pares de cascos de los caballos se oía el mar en los bajíos y aquel sonido no se parecía a nada que yo hubiese escuchado antes. Le pregunté tímidamente a Jake si siempre era así.

—Ya verás cuando lo oigas en plena tormenta —me dijo—. A veces ni te oyes gritar a ti mismo. Aún falta para la pleamar. Mira —añadió—, esa es la luz del faro de Whale Back, más allá del estrecho.

Entonces no sabía lo que era el estrecho pero miré hacia donde me señalaba y vi un punto de luz en el horizonte, como una estrella próxima que brillase al otro lado del agua. Incluso ahora, al levantar la vista de la página a medio escribir, lo veo a través de la ventana. Durante los cincuenta y pico años transcurridos desde aquel anochecer de noviembre, nunca lo he perdido de vista, excepto cuando

había niebla o tormenta y durante la semana que viajé a Nueva York con el fin de asistir a la noche triunfal de Nat. Para mí forma tanta parte del cielo nocturno como las Osas Mayor y Menor y el punto fijo de la Estrella Polar.

Poco más recuerdo de aquel viaje porque el entumecimiento de los dedos de mis manos y mis pies y el dolor de mi cuerpo ante tantas sacudidas consiguieron que dejara de pensar en otras cosas. Pero por fin se oyó el enorme estrépito que hicimos al cruzar un puente de madera: durante un momento, por debajo de nosotros destellaron las aguas oscuras y unas ventanas cuadradas llenas de luz brillaron por encima de nuestras cabezas, antes de que los árboles volvieran a rodearlas y se las tragarán. Cuando me quise dar cuenta, los caballos se habían detenido y alguien me bajaba de la carreta y me dejaba sobre mis pies, casi congelados.

Al poco me encontraba en la cocina más grande que había visto en mi vida, entrando en calor junto a unos fogones enormes. Mi madre y una mujer regordeta llamada Annie no paraban de hablar, mientras una joven a la que llamaban Rose nos traía la comida que habían mantenido caliente en el horno. Me quedé medio dormida delante del plato, demasiado cansada por el frío y el largo viaje para comer con mi buen apetito de siempre. Tal vez me durmiese del todo antes de que me espabilara el sonido de una campanilla.

—Eso es —dijo la mujer que se llamaba Annie—. Eso significa que desea verlas.

Mi madre se puso en pie nerviosa, se cepilló las migas y se alisó el pelo de una forma que siempre me llenaba de preocupación. Tenía la esperanza de que fuera sola y me encogí cuanto pude a su lado, pero me hizo levantar, me limpió la cara con su pañuelo y me arrastró con ella fuera de la cocina.

Nos encontrábamos en una habitación alargada llena de muebles pesados y oscuros y de libros que llegaban hasta el techo. Varias lámparas de aceite con pantallas como flores y un fuego intenso y radiante la colmaban de luz y de calor. Un hombre alto se encontraba de pie delante de la chimenea, con los pies separados y enfundados en unas botas muy limpias y brillantes. Oí que su voz grave saludaba a mamá y me rezagué un poco, sabiendo que había fijado sus ojos en mí.

—Así que tú eres Kate Fernald —le oí decir—. ¡Una chica con un buen aparejo de cruz!

No solía preocuparme por mi aspecto, pero sus palabras se me clavaron como una astilla de hielo. No porque dijeran gran cosa en sí mismas: lo que me dejó helada fue el tono burlón y divertido de su voz. En la fracción de tiempo que le llevó decir las y mirarme, fui consciente de mi robustez bajo el vestido nuevo de lana azul que me quedaba demasiado largo en el dobladillo y en las mangas. Para ahorrar tiempo y problemas, unos pocos días antes mi madre había cortado mi mata de cabello rubio rojizo. Sentía que las orejas se me ponían coloradas y no tenía ni un mechón de pelo con que taparlas. El corazón me latía con fuerza debido a la vergüenza que estaba pasando y por eso guardé silencio, cada vez más ruborizada.

—El comandante Fortune quiere estrecharte la mano, Kate —oí que mamá me susurraba al oído—. No te quedes ahí como una tonta.

Me empujó hacia delante y sentí que una mano enorme se cerraba sobre la mía. Otra mano me levantó la barbilla y vi por primera vez el rostro que tan bien conocería y temería durante los siguientes doce años de mi vida. Se trataba de un rostro apuesto, incluso en la madurez: los pómulos eran altos y prominentes, la nariz pronunciada como el bauprés de uno de sus barcos y los ojos de un gris

acerado, bajo unas cejas espesas. Llevaba el bigote y las patillas según la moda de mediados de la década de 1870 y aún eran de color castaño claro, a pesar de que en el pelo se apreciaban muchas canas. Ahora sé que aquella noche trató a mamá con generosidad y consideración. Lo que le molestó de mí fue mi robustez en comparación con la fragilidad de Nat. Pero hay recuerdos que perduran; aún después de tantos años me afecta recordar su mirada y su voz.

—¡Clarissa! ¡Nathaniel! —dijo con sequedad mientras dejaba caer mi mano y se libraba de mí como si fuese un saco de patatas.

Dos figuras se pusieron en pie al otro extremo de la habitación y avanzaron hacia mí. Nos encontramos junto al piano de palo de rosa —el primero que yo veía— y el arpa, en cuyas cuerdas y armazón dorado se reflejaba la luz del fuego. Ahora me parece que no fue casualidad que nos conociésemos junto a esos dos instrumentos que tan curioso papel iban a jugar en nuestras vidas. Tengo sobre la cómoda el ferrotipo que el fotógrafo de Portland les hizo aquel invierno, pero no necesito cruzar mi cuarto para refrescar el recuerdo de su aspecto aquella noche. Veo hasta la última ramita del chalís verde estampado de Rissa y la arruga entre divertida y preocupada de la frente de Nat mientras los tres guardábamos silencio. Clarissa tenía once años —me llevaba poco menos de un año— y, como le gustaba señalar con orgullo al comandante, era igual que un clíper. Su delgadez y elegancia se percibían a pesar del vestido lleno de adornos y pliegues que entonces estaba de moda. Yo nunca había visto a alguien así y eso y la seriedad de su belleza me dejaron asombrada. Era casi rubia, como su padre, y la mata de pelo castaño claro, ligeramente ondulado, le nacía más adelantado en medio de la frente, lo que le daba a su rostro forma de hoja de violeta —o de